

RAMIRO Y SUS ESCRITOS FILOSÓFICOS

Emiliano Aguado

En este libro no se han recogido más que unos pocos de los ensayos que aún se conservan de la época intelectual de Ramiro Ledesma. Y como a las peculiaridades que comportan las tareas que impone el pensamiento a los adolescentes hay que añadir las personalísimas de Ramiro, bueno será prevenir al lector, en primer término, contra las impresiones quizá poco favorables que puede dejar en su ánimo la lectura poco reposada de este manojo de vislumbres y de audacias.

Lo que salta a la vista ante todo, a poco que se lea, es un afán desmedido de novedades; parece que las ideas antiguas, las que ya están para nosotros fuera del tiempo, no cuentan. Ramiro se preocupa con absoluta entrega de lo que acaba de publicarse, de lo que aún no ha logrado ni claridad ni puesto preciso en la historia del pensamiento; y esto es justamente lo que quiere hacer Ramiro, prestar a las ideas que llegan perspectiva y, sobre todo, mostrar que las entiende.

No importa demasiado el hecho pavoroso de que muchas de las cuestiones que intentó dilucidar en este libro hayan fenecido ya en este mundo tan ajetreado por ansias y creencias encontradas; basta notar el afán de novedad que poseía a Ramiro y que ha reflejado bien concretamente en las páginas de estos ensayos. Otra cosa que se echa de menos en una primera lectura es que la atención de Ramiro, orientada exclusivamente hacia lo nuevo, le fuerza a prescindir de vastos sectores de la filosofía y de la cultura, que se ofrecen por su ausencia como vacíos bien perceptibles aun tratándose de los temas recién venidos que aborda Ramiro en sus escritos filosóficos. Hay también pasión injustificable hacia algunos autores y sistemas y, lo que tal vez no sea mejor, desvío hacia temas y autores que no pueden soslayarse. Aunque este libro está formado en su mayor parte de ensayos que suscitaba la publicación de libros importantes de filosofía, se acusa con más vigor el afán personalísimo del escritor que la comprensión amplia de los libros reseñados. Todas estas cosas encontrará el lector en cuanto abra el libro de Ramiro Ledesma Ramos. El que sea especialista en tareas filosóficas encontrará aún más cosas de las que he dicho; pero el especialista debe leer este libro, más que como un ensayo acabado de doctrina o de intuiciones luminosas, como historia de un alma en plena creación personal, que no ha de cuajar siempre de manera fatal en una concepción ni siquiera en una comprensión de los problemas que comporta la filosofía en cada época.

Pero Ramiro Ledesma, que decidió la publicación de estos escritos cuando estaba en cierto modo alejado de las ideas y sentimientos con que nacieron, nos habla con precisión luminosa de sus limitaciones y nos lo ofrece como resultado de un enjambre de esfuerzos y curiosidades teóricas que ya no existen. Son inequívocas sus palabras.

“Se escribieron —los ensayos— en muy varia ocasión, y obedecen quizá a preferencias momentáneas.” “Todos tienen, sin embargo, el nexo profundo que les confiere el pertenecer a un momento preciso de la vida intelectual del autor: el de su primera juventud, de la que ahora estrictamente sale, a los veinticinco años, para dar cara a otras responsabilidades y otras tareas de grado muy distinto.” “Ante el complejísimo paisaje de la problemática filosófica, el autor ha proyectado tan sólo lo que en él mismo había de exigente y de curioso: una juventud y unos entusiasmos. Quiere esto decir que los trabajos filosóficos que siguen no aspiran en manera alguna a momificarse en perfecciones. No son nada definitivo ni completo, y el lector no debe empeñarse en buscar en ellos lo que no tienen, ni han podido tener, ni yo he querido que tengan: la radical y última actitud, ante unas figuras y unos temas.” “Pero aquí están, adscritos a su función rigurosa, que no es otra que la de ofrecerse como un resumen —poco, mucho o nada valioso— de un entusiasmo adolescente por la filosofía.” Ni es posible más clara idea de las limitaciones, ni mayor generosidad en confesarlas paladinamente.

Después de estas palabras no hay manera humana de entretenerse en ir buscando cosas en que el pensamiento de Ramiro o su falta de preparación filosófica marren. Lo más hacedero y lo único sensato que cabe hacer con este libro es leerlo como itinerario de aficiones de una vida que, antes de haberlo dado a la imprenta, estaba resueltamente

encaminada de manera bien distinta. Estos escritos filosóficos de Ramiro Ledesma, en manos de un especialista que no sea víctima de esa pedantería que comporta todo especialismo —y, lo que es peor, de la angostura que lleva consigo—, serán un documento humano inestimable, que es precisamente lo que quiso darnos su autor al escribir las palabras que he copiado. Y no hay que decir nada de lo que hubiera escrito años más tarde.

Por lo pronto, Ramiro Ledesma nos aparece a lo largo de las páginas de este libro como un muchacho entregado a la disciplina más rigurosa; y al mismo tiempo que se entrega con pasión a los problemas que le suscita la filosofía de su tiempo, cursa los estudios de Matemáticas de modo oficial en la Universidad, proponiéndose en todo tareas en que el pensamiento, cualesquiera que sean las afirmaciones que haga Ramiro de modo expreso, lo hace casi todo. La poesía ocupa escaso lugar en sus aficiones; de la música, no hay ni que hablar, y en el dominio de la filosofía es Hegel su modelo.

Bien repetida está en todos sus escritos la convicción de que solamente en el sistema encuentra la filosofía su sentido y su medio apropiado de expresión; cuando se pregunta —de manera tal vez apresurada y poco filosófica— por la significación de la figura de Unamuno, la destierra para siempre y sin remedio del campo de los saberes filosóficos porque las intuiciones que nos ha dado no forman una unidad cerrada en que se vaya dando solución coherente a todos los problemas que ha enunciado. Como si Unamuno hubiera intentado jamás resolver problemas ni hubiera pensado siquiera en plantearlos. Ramiro hace alarde de sus conocimientos de la lengua alemana en cuanto se le ofrece ocasión propicia, y esto es natural que haya inspirado la sospecha de que no eran demasiado profundos. Se complace en citar siempre en alemán, anotando cuidadosamente la página y hasta la edición de que se ha servido; su afán de disciplina era tan fuerte en este tiempo, que más que aventurarse en la elaboración de alguna doctrina genial, le habría interesado sin duda cotejar autores y mostrar una escrupulosidad que él echaba de menos, con pesar, por estas latitudes.

Los que están avezados a las obras posteriores de Ramiro, a sus discursos y a lo que se sabe de sus actos políticos, no entenderían bien los afanes que le dominaban por entero en su época de estudiante, ni mucho menos acertarían a encontrar en manifestaciones literarias y vitales tan inconciliables la misma pasión. Cuando estudiaba horas y horas no había para él más que la ciencia, todo lo demás lo desdeñaba con el mismo ímpetu con que algunos años más tarde desdeñaba a los intelectuales que no sentían horror ante la desmembración de España.

Esa audacia con que habla de temas filosóficos que apenas ha entrevisto, esa temeridad con que encasilla autores en doctrinas y los agrupa en puntos de vista que ha preparado previamente, y esa tremenda y a veces asombrosa capacidad para vislumbrar con la sola lectura de un pasaje el sentido de un libro, muestran bien claramente la naturaleza del hombre que en 1929 no vive más que para la filosofía y en 1931 no vive más que para la política. Claro es que si alguien ve en esto contradicción, le diré dos cosas muy sencillas: en primer lugar que aquí la lógica no tiene nada que hacer por ventura, y en segundo lugar, que pensar en contradicción es tanto como no haberse dado cuenta del tremendo enigma que entraña toda vida humana, gobernada por fuerzas que no están en manera alguna sometidas a la razón.

Muchas son las cosas que sugiere una segunda lectura de estos ensayos; pero como aún no ha pasado el tiempo en que las pasiones oscurecen la figura verdadera de un hombre que acabó entregándose a la política, y como las ideas más fundadas, cuando se dicen sin justificarlas, que en una nota como esta es imposible, pueden dar lugar a errores lamentables, prefiero acabar aquí, con la esperanza y la promesa de hablar más detenidamente en algún posible estudio en que la obra toda de Ramiro, en los libros y en las calles, se vea como expresión imprecisa de su vida.

[Publicado en *Escorial*, revista de cultura y letras, nº 13, tomo V, noviembre de 1941, p. 303 – 306.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 36